

dicho, el lector ideologice demasiado el disfrute de una lectura de Jaime Gil de Biedma. No sé qué tal le sentará a Jaime Gil el que escribamos aquí que uno de sus principales méritos es el de escribir continuamente poesía ideológica de la buena. Probablemente, nuestro noble, arruinado entre las ruinas de su inteligencia, se limite a encoger los hombros. Sería una actitud coherente. ¿Qué es poesía ideológica de la buena? Aquella en que la ideología no lo parece, en que la ideología se ha hecho lenguaje poético y no el lenguaje poético se ha hecho ideología.

Ahora, Jaime Gil ha publicado «Poemas póstumos», en la excelente colección *Poesía para todos*. Si en sus anteriores libros el poeta contemplaba a distancia la realidad civil amorosa que le rodeaba, en su última entrega, Jaime Gil se convierte en espectador de sí mismo. Parecen reflexiones postrimeras de un noble muerto y arruinado mientras contempla su propia calavera:

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender
[más tarde:
como todos los jóvenes, yo
vive
a llevarme la vida por delante.

Los compromisos de Jaime Gil siempre son inteligentes, importantes. El poeta se compromete en «Poemas póstumos» con la sinceridad y no sinceridad de su juventud extinta. A la poesía sincera le ocurre lo que a la ideológica, sólo es buena si no parece sincera. De todas las trampas que comete Jaime Gil de Biedma en «Poemas póstumos», la más fresca es la de su falsa muerte:

Yo me salvé escribiendo
después de la muerte de Jaime Gil de Biedma.

Otra sincera insinceridad es la de ese cansancio de sí mismo, tan lleno de coquetería, de canas artificiales y consome con yema de huevo. Jaime Gil imagina su «De vida beata»:

En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre
[dos guerras
civiles, en un pueblo junto al
[mar
poseer una casa y poca ha-
[cienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pa-
[gar cuentas
y vivir como un noble arrui-
[nado
entre las ruinas de mi inteli-
[gencia.

La poesía de Jaime Gil tiene una importancia cultural extraordinaria, de la que no es consciente, todavía, la propia cultura poética nacional. Ningún poeta tan innovador como él. Nos ha enseñado el pleno consumo poético del idioma, ha destruido definitivamente la estructura estrófica y ha planteado el poema como un movimiento rítmico continuo que sólo se cierra en el último silencio. Además, la circunstancia excepcional, diríase que incluso providencial, de que el coeficiente mental de Jaime Gil sea considerable, ha condicionado el que después de una lectura de Jaime Gil de Biedma, uno adquiere un desmesurado sentido del ridículo y se avergüence por todas las veces que no empleó la palabra *sobaco*, porque no era poética.

Después de Jaime Gil de Biedma, ningún poeta nacional tiene derecho a poseer una corona de laurel en el perchero. ■ MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.

Malas pasiones



En este ensayo "sobre las malas pasiones" ("El nuevo príncipe", Eduardo Caballero Calderón, Ediciones de la Revista de Occidente), el autor colombiano se deja tentar por la más nefanda en que puede incurrir un intelectual latinoamericano de hoy: la del orgulloso desprecio a las tareas históricas colectivas, a la masa, a la multitud. Desconcierta que en la tierra de Camilo Torres haya podido escribirse un libro tan ferozmente individualista hasta el punto de negar todo progreso, interpretándolo como degradación. Ca-

ballero Calderón razona sus tesis moviéndose entre viejos tópicos ya arrumbados: "La madurez espiritual, el férreo dominio de las malas pasiones, la consciente orientación de la voluntad, que es la conducta, sólo pueden ser alcanzados por el hombre en cuanto ser aislado de los demás y uno en sí mismo, pero en ningún caso por la sociedad, ya se la considere como muchedumbre o como pueblo. La muchedumbre y el pueblo son esencialmente infantiles". Caballero preconiza, con toda seriedad, la lucha "contra la muchedumbre", y desde su olimpo compadece a los que esperan que venga al mundo una fecunda era de paz "en la que todos los hombres serán hermanos dentro del mismo pueblo...". Con un cinismo apenas disimulado bajo la docta erudición del autor, se sostiene en el libro en cuestión que, el hombre "esencialmente no ha variado gran cosa: que su corazón, es decir, que sus pasiones, sus sentimientos y sus instintos, son inalterables por naturaleza". Hay, pues, una naturaleza humana, y esta naturaleza humana es mala. El escritor latinoamericano no duda en añadir que "la cultura y la civilización pueden disfrazarlos (pasiones, sentimientos, instintos) y trocarles la apariencia, pero en el fondo son los mismos". Como se ve, no hay aquí ni defensa del "buen salvaje", ni apologética de la civilización. Se instala antes de Rousseau e ironiza sobre la irremediable maldad humana. Este Maquiavelo del siglo veinte —que hace caso omiso del carácter profundamente histórico de "El Príncipe" con su realismo tan estrechamente ligado al momento del desarrollo social y político en que fue escrito— aconseja con desenfado a "los hombres de buen gobierno", haciendo gala de un reaccionarismo que ya es difícil encontrar en los libros, aunque todavía perviva, a veces, en la práctica política. Caballero sabe "que el mal existe en el corazón del hombre como algo propio e indestructible..." y en función de este penetrante pensamiento y de otras tesis no menos escépticas, desenvuelve un buen fardo de opiniones sobre la cultura, la civilización, el honor, la guerra y hasta las finanzas. Uno termina por no saber bien si este libro está escrito en serio o constituye un puro ejercicio de ironía intelectual. El individuo será la solución de todos los males, sólo él sabrá resistir las

tentaciones del diablo en sus nuevas formas socializantes; la civilización, el desarrollo técnico, el progreso político, económico y social, he aquí el mal, la última encarnación diabólica para el señor Ca-

ballero Calderón, evidentemente víctima de la pasión individualista, del orgullo elitista y antidemocrático, hoy, según nos parece, las peores pasiones del intelectual. ■ EDUARDO G. RICO.



El «Larra» de Muñiz

Una nueva biografía de Mariano José de Larra («Larra», Mauro Muñiz. Ediciones Epesa), no por popular menos exigente y rigurosa que un más amplio estudio. Una biografía para hoy, de vivísima actualidad, por serlo de una actitud y de un pensamiento más que de la anécdota de una existencia humana. Aquí está el Larra precursor del 98, el del amor a la España real, el del dolor de la España formal, introducida en un «Impasse», impotente para reaccionar contra la parte de sí misma que la mantiene enraizada en el pasado. El biógrafo y periodista asturiano entiende que «la capacidad de denuncia de la obra de Larra debe ser medida en contraste con nuestro tiempo, no con el suyo». Utilizando este criterio, sin duda certero, se llega a la conclusión de que «Larra sigue vivo».

Este es, en efecto, Larra: contradictorio y suicida, en una España contradictoria y suicida. El levanta testimonio, y lo encarna como ningún otro de la época. Liberal frente a la España antiliberal, desconcertado a veces en un orden socio-político en que reina el desconcierto, agudo y brioso en sus críticas de costumbres, en sus análisis políticos, y, sin embargo, entristecido y melancólico cuando observa meditativamente la realidad: ¿Dónde está el cementerio, fuera o dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid.

Excelente trabajo biográfico el de Mauro Muñiz sobre «Figaros». Epesa lo añade a su serie «Grandes escritores contemporáneos», que dirigen Castresana y Manrique de Lara, y en la que ya fi-

guran numerosos títulos: un «Machado», del propio Manrique de Lara; un «Valle-Inclán», de Francisco Umbral; un «García Lorca», de Manuel Vicent, etcétera. ■

«Larra», por Mauro Muñiz. Epesa.

La España del XVIII

En la misma colección (Ariel Quincenal) que ha ofrecido, en pocos meses, dos excelentes antologías de trabajos de Vicens Vives y Domínguez Ortiz, aparecen ahora, recopilados en un volumen, seis estudios de Gonzalo Anés, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, en torno a algunos de los principales aspectos de la sociedad española de la segunda mitad del siglo XVIII («Las sociedades de amigos de París», «El informe sobre la Ley Agraria», «La Revolución francesa y España», «Las fluctuaciones de los precios del trigo, de la cebada y del aceite (1788-1806)», etcétera).

¿Cuáles son las tensiones que se establecen en la sociedad española de la segunda mitad del siglo XVIII? ¿Qué concomitancias presentan con otros procesos sociales que se desarrollan en países europeos en la época? ¿Cuáles son las posibilidades y las limitaciones del reformismo de la Ilustración? ¿Cómo se resuelve la contradicción entre los intereses de la sociedad estamental y los de la naciente burguesía industrial? ¿Cómo determinar, en definitiva, los elementos de la dialéctica de un proceso de enorme trascendencia para la Historia Contemporánea española? Todas estas cuestiones son abordadas, con mayor o menor amplitud, pero siempre con un gran rigor metodológico y con acopio de abundante documentación, en esos artículos de G. Anés, que, publicados anteriormente en revistas científicas, se ponen ahora al alcance, por fortuna, del gran público. ■ A. L. M.

«Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII», de Gonzalo Anés. Ediciones Ariel, 1969.